

Se intensifica entonces la pregunta por la intimidad del ser y en el hombre la amada vive porque el amor existe como el mayor don, tal como encadenamiento. Es el sentimiento que se sobrepone a la vanidad que portamos sin darnos cuenta y que en la mayor parte de nuestra vida intenta que olvidemos, un estar como si no lo alcanzara el recuerdo o no quiere recordar. De esta forma, viéndose entre el hombre que se mira para descubrir quién es y la revelación que se le produce con el hecho amoroso, el lírico comprende que se halla en medio de una participación tumultuosa y sabe que el juego es estar vivo para la muerte. Estos son los momentos en que el poeta siente que la muerte nos juega la vida a los dados para dejarnos junto a los que se fueron, a donde inevitablemente tendremos que ir. Aun cuando todos los juicios son reversibles, decir que *Final del día*, un poema de diecinueve cantos, es el libro del hombre que regresa al recinto que lo une a la realidad perdurable, no es aventurado. Sobre todo si esta realidad se funda en la búsqueda de la interioridad que experimenta y en la participación en la vida con la esperanza bajo el brazo.

ANTONIO CAMPAÑA

<https://doi.org/10.29393/At467-27MOJA10027>

MALA ONDA

De *Alberto Fuguet*

Editorial Planeta, Santiago, 1992

“Estoy en la arena, tumbado, raja, pegoteado por la humedad, sin fuerzas para arrojarme al mar y flotar un rato hasta desaparecer. Estoy aburrido, lateado: hasta pensar me agota”.

Quien escribe e inicia de este modo su novela es Alberto Fuguet, el joven narrador que ha sido motivo de la preocupación crítica de diarios y revistas del país para ensalzarlo o condenarlo. En efecto, desde la revista *Caras* que ha dicho: “Su literatura es candente, como debe ser todo el arte de un siglo que viene...” hasta el crítico de *El Mercurio* Ignacio Valente, quien ha expresado: “Estamos ante un proceso humano regresivo, de retorno a ciertas formas de barbarie sofisticada que no enaltecen nuestra literatura...”, las opiniones han diferido en cuanto a los valores que dicha narración plantea.

Tal como se puede apreciar en el párrafo inicial, el narrador golpea fuerte en la conciencia del despreocupado lector, quien ajeno al mundo del protagonista de la novela, lee estupefacto el relato en primera persona del joven Matías Vicuña que revela su postración existencial máxima, utilizando toda la jerga que ha creado la juventud para comunicarse.

La novela es representativa de la expresión desenfadada y de los hábitos que ha adquirido un muchacho que se desenvuelve en un ámbito social santiaguino de la década del '80 que respira hipocresía y se estratifica comunicándose. La ruptura de vínculos familiares, afectivos, políticos y sociales es la norma que contextualiza las acciones del protagonista. La frivolidad del comportamiento se traduce en la rebeldía individualista, en el habla cínica y desprovista de recato de jóvenes que no esperan nada de la metrópoli mundana en que habitan ni de las maniobras que se tejen a la sombra de un plebiscito, donde "toda la gallada va a votar SI"; pero también se manifiesta en las predilecciones por la música "disco", por las dosis de droga, por las ganas de fumarse un "pito" y por las "minas" que pululan en las discotecas y otros lugares nocturnos del Barrio Alto.

La obra es un verdadero catálogo de costumbre de un jovencito de clase acomodada, a quien le da "lata" todo, encontrando "apestoso" su entorno ambiental y hasta su propia persona.

Desde el punto de vista narrativo, posiblemente sea una novela demasiado extensa, provista de episodios inútiles o diálogos excesivos; no obstante resulta ser interesante y demostrativa del estado de abulia socio-existencial de parte de una juventud reventada de aburrimiento, tedio y mala onda.

Sin embargo, pese a la actitud pesimista-realista del relato, el narrador -al finalizar la acción- nos proporciona una esperanza (o más bien se la otorga al protagonista), pues, al igual que Nicanor Parra en algunos de sus versos, Matías se vitaliza positivamente, pedaleando en su bicicleta Benetto, mientras lo cubre la Virgen del Cerro con su sombra.

JUAN GABRIEL ARAYA

RESCATE DE UN SUEÑO INTERRUMPIDO

De *Sergio Aubert Cerda*

Ediciones La Frontera, Santiago 1992

Sergio Aubert Cerda, arquitecto de profesión, nació en 1920 y falleció hace doce años, en forma súbita, de la manera inesperada que tienen algunas luces para extinguirse. En 1961, Sergio Aubert Cerda publicó su libro de cuentos *Los emigrados* (sus abuelos habían emigrado de Francia) que mereció apreciaciones elogiosas y justas de algunos críticos. Pero Sergio Aubert Cerda no era un literato que subsistiera con su propio eco. Acaso su formación universitaria le daba esa sencillez y cierta humildad que no tiene siempre un escritor de oficio, mas Sergio era un poeta de verdad. Alguien ha establecido últimamente que sólo era un poeta